

De la Vanguardia al Nadaísmo

Las Literaturas de Vanguardia, llámense Dadaísmo, Surrealismo, Creacionismo o Ultraísmo, para citar las más aludidas tendencias, son, como se sabe, «Ismos» que, surgidos del horizonte aún humeante de la primera guerra mundial, superaron el Modernismo preciosista o coexistieron con los idealistas del eterno azul frente a la pesadilla de los desesperados, espectros los más de un naturalismo iracundo. Nihilistas, iconoclastas, panfletarios, vióseles estallar su protesta en cada puño. En Colombia, José María Vargas Vila fue el primer escritor vanguardista de finales y principios de la pasada y presente centuria que se paró sobre sus dos colosales razones de hombre insurrecto, para encender la primera gran llamarada de rebeldía continental en el hemisferio americano: contra lo americano, sobre lo americano, con lo americano y «por» «sobre» lo americano. Véanse si no algunos de sus libros, como *Ante los Bárbaros* y *La Muerte del Cóndor*¹.

Poeta sin proponérselo fue Vargas Vila, según Rubén Darío, y como bardo se sentía solidario con los portaliras de alas grandes, ávidos de ser conductores del mundo con el sistro florecido en una mano y con la antorcha encendida en la otra. En su *Ars-Verba* y en su obra total,

¹ Contra lo americano en relación con Norteamérica, Vargas Vila escribió el libro *Ante los Bárbaros, el yanqui; he ahí el enemigo*. Es un libro sin fecha y lugar de publicación, sin referencia editorial. Data posiblemente de 1915, por las alusiones que hace el autor a la guerra del 14. Antes, sin embargo, Vargas Vila había escrito encendidos panfletos contra la intervención americana en Hispanoamérica, especialmente en Panamá y Centroamérica.

La muerte del Condorez, otro libro en que Vargas Vila arremete, pluma en ristre, contra las sapatrías de Hispanoamérica a finales del siglo pasado y a principios de éste. Se menciona a Porfirio Díaz, Leonidas Plaza, Antonio Buzmán Blanco, sin que se le escapen de su pluma los falsos «patricios» de las diferentes nacionalidades.

la pluma de Vargas Vila revela al primer poeta y escritor verdaderamente revolucionario de las dos Américas, vanguardista de las letras, combatiente y combatido. ¿Qué es la Vanguardia, saltando al sentido de su término castrense, sino una literatura de combate en primera línea unida a una tensa decisión destructora que nos induce a marchar por los derroteros de un arte revolucionario? Si Vargas Vila le rindió culto a la revolución del Arte en *Ars-Verba*², en *Archipiélago Sonore* y en *Libre Estética*, también le rindió culto al arte de la revolución manifestada en la exaltación de la libertad y en su lucha contra los déspotas. Su arte contemporáneo, defendido por él a dos manos, con una hubo de levantar, como él lo quería, el estandarte de la libertad, con la otra el rosal de la belleza con que se encienden las rosas del crepúsculo humano junto a sus banderas reivindicatorias.

En contra de la literatura evasiva cuando hay verdades de a puño que se imponen en la pluma del escritor comprometido con la sociedad en que vive, Vargas Vila parece sugerir en su *Ars Verba* que los soñadores de paraísos artificiales, creadores de ellos frente a sus propias patrias, no deben evadirse, asilándose en sus torres marfileñas, para evitar que desde allí hagan zalemas al despotismo³. Dando ejemplo, su «Verba Magna» se dejó sentir con el escándalo en el Ateneo de Madrid, donde el gran capitán de la rebeldía colombiana, autor de *Ibis*, erizó como un relámpago su palabra vanguardista cruzada de luz y de escarlata colérica, porque allí, en la Metrópoli Hispánica, fue donde clavó su bandera roja en las entrañas mismas de una «tradición retrógada y ciega, para decir cosas audaces y veraces, extrañas a una multitud, letrada y cultivada, hoscamente erizada, como hebetada bajo el yugo de los errores y de las supersticiones, presa de la Mentira Divina, temblorosa ante el Ministerio como reo a la sombra de la Horca»⁴. Con semejantes palabras iracundas, el primer Vanguardista Hispanoamericano se hizo sentir como un verdadero botafuegos contra la tradición hispanoamericana, contra el clericalismo omnipotente, contra las instituciones y sistemas, contra el dogmatismo literario y político. En suma, Vargas Vila fue la náusea de ayer emperentada hoy con la náusea sartriana y nadaísta contra el «Stablissement». Poeta proscrito, vagabundo, panfletista, antiimperialista y, por demás, poseedor de su propio arte Vargavilesco, conspirador contra la gramática y contra las academias, qué fue Vargas Vila sino el iniciador de la Vanguardia

² Vargas Vila, *Ars-Verba* (Medellín, Editora Beta, 1973). En esta obra proclama que los «tiempos son de poesía iconoclasta e innovadora», p. 44. En la página 131, al estrellarse contra la *España mística*, la *España Clásica* y la *España aristocrática*, Vargas Vila se autocaracteriza como el escritor más irrespetuoso de esos mitos, el más revolucionario y el más temerario de los escritores de América.

³ *Ibidem*, p. 62.

⁴ *Ibidem*, «Verba magna», p. 182.

Americana, y habrá de investigarse si se trata del precursor del Dadaísmo Europeo, sin habérselo propuesto. Sin embargo, en el voluminoso libro *Historia de las Literaturas de Vanguardia*, de Guillermo de la Torre, ni se le menciona. Si Dadá consistió en un estruendoso grito de Libertad en todos los órdenes y acusó una actitud de protesta a todo puño, desafiante, de impacto verbal, para motivar una literatura demoledora, qué duda cabe que pudieran encontrarse puntos de coincidencia entre Tristán Tzara y Vargas Vila, pero una coincidencia que iría desde la literatura rebelde de Vargas Vila al Dadaísmo y no de Dadá al gran capitán de la rebeldía americana.

Ignorado Vargas Vila por la crítica como iniciador de la literatura de Vanguardia al estilo criollo, otrosí ignorado deliberadamente por los críticos inclinados patrióticamente ante consabidos feudos líricos y tradicionales de la Colombia Clásica, Vargas Vila continúa siendo un proscrito literario de su país natal. Por eso, al abordarse como tópico un movimiento vanguardista de Colombia como el *Nadaísmo*⁵, movimiento deliberadamente rebelde, iconoclasta y revolucionario, el nombre de Vargas Vila vuelve a surgir y tiene que surgir porque, quiéranlo o no, él es el iniciador en este siglo de la historia de esa rebeldía colombiana con su tizona de empuñadura de oro y contundencia revolucionaria.

Se agiganta su espíritu revolucionario en las páginas de *Cachorro de león* y parece vérselo *a posteriori* en las consignas de los nadaístas de hoy, luchando contra todos los anacronismos, mientras se perseguían sus cantos de libertad entre las encrucijadas del *Minotauro*. Vésele luego en *Flor de Fango* rompiendo sus macanas literarias contra la sociedad prostituida, contra la familia prostituida, contra la juventud prostituida, es decir, contra la prostitución general de su patria. Son las *Naucias* de Vargas Vila las que repercuten con vahos eruptivos en la literatura de los «nadaístas» de hoy.

Si Vargas Vila fue una trompeta revolucionaria, de Vanguardia, posteriormente se oirán otros acentos, y entonces es cuando suenan nuevos timbres en el panorama literario de Colombia como se hicieron sonar los timbres estrepitosos de Tzara mientras leía su manifiesto dadaísta. *Suenan timbres*, de Luis Vidales, es precisamente el libro en que, anunciando la vanguardia con timbres novedosos, aparece también una nueva estación de verano iracundo en Colombia, y así se incorpora dentro de la temática colombiana el término Revolución con que se da ritmo a la canción de la mujer obrera:

⁵ *El Nadaísmo*, fundado por Gonzalo Arango, puede decirse que se originó en Cali, Colombia, en junio de 1958, con la publicación del primer Manifiesto Nadaísta, aunque Gonzalo Arango dice que se originó en Medellín en el mes de agosto del mismo año. Fue allí donde publicó sus primeros libros.

«Mañana nueva del planeta,
la revolución ya incendia el cielo,
hay una nueva estación.
cinco son las estaciones de la tierra:
Verano, Invierno, Otoño, Primavera,
Revolución»⁶.

Bardos bostezadores, aburridos del mundo, porque nada cambia, todo lo ven rutinario, anacrónico, estático o manido, los poetas vanguardistas anhelan un mundo que gire al revés en que se transfiera el crepúsculo a pleno cenit, porque el orden establecido del orbe peca de aburrimiento. Un gran bostezador literario es Leo le Gris, personificación del gran poeta colombiano León de Greiff, sin duda alguna el sumo pontífice de la rebeldía literaria de Colombia. Por su originalidad, por sus extravagancias, por su sarcasmo, por su actitud escéptica y por su excentricidad, es otro raro genial del antiparnaso colombiano. Sus encrespadas barbas líricas, su porte bohemio y su desafío pasivo del desprecio al medio social e intelectualoide que lo rodeó, acusan en él la estampa de ser el abuelo de los Beatniks en su Nadaísmo lejano, para verse en él al precursor, guardadas las distancias, de los nadaístas de hoy. El grupo de los Panidas, tal como los retrata el propio Leo de Greiff, grupo acaso formado por los múltiples Leones de su personalidad, nos lleva a dibujar anticipadamente la imagen melenuda de los cachorros nadaístas capitaneados por Gonzalo Arango, que es como ver al fundador del Nadaísmo como un De Greiff retratado en sus múltiples perfiles:

«Melenudos de líneas netas,
líricos de aires anarquistas,
hieráticos anacoretas,
dandís, troveros, ensayistas,
en fin, sabios o analfabetas,
y muy pedantes —si os parece—,
explotadores de agrias vetas
los Panidas éramos trece»⁷.

Gaspar, otro nombre de León de Greiff, pudo reírse irónicamente en el Café Automático de Bogotá, donde la bohemia joven sentaba cátedra de extravagancias, seudointelectualismo y pedantería ante los ojos atónitos del búho pensador. Pensaría entonces en las épocas en que él era un Gaspar rebelde en plena vanguardia, hacia 1918, que es cuando se autorretrata a la manera de los nadaístas pero encuadrándose dentro de una cuarteta artística:

⁶ Véase *Caldas en la poesía*, antología de Rafael Lema Echeverri (Manizales, Imprenta del Departamento, 1970), p. 288.

⁷ León de Greiff, *Obras Completas* (Bogotá, Tercer Mundo, 1975) tomo I, p. 32.

«Gaspar: mi nombre. Vago mi profesión. Demente:
mi gran ventura. Iluso cultor de peripecias
invencundas —fazañosas y ríspidas y recias—
¡y adversario feroz del criterio corriente!»⁸.

Las características con que los nadaístas acusan su actitud y proyectan su imagen podrán coincidir con los perfiles con que León de Greiff presenta su grupo literario formado por los imaginarios nombres que enmarcan su personalidad. Grupo a grupo, es decir, los Gaspare degreiffianos y los Nadaístas coinciden en su profesión de vagos intelectuales, en las demencias juveniles, en las peripecias o espectacularidades y, sobre todo, en ser adversarios feroces del criterio tradicional que va con la corriente o se deja llevar de la corriente por imposiciones dogmáticas o acomodaticias. Véanse posteriormente los poemas y manifiestos nadaístas y detengámonos más concretamente en un libro fundamental, *De la Nada al Nadaísmo*⁹, para inferir que su reacción violenta está dirigida contra todo lo manido, contra los criterios manufacturados de la sociedad feudal y de la sociedad de consumo, contra los dogmatismos en todos los órdenes, así morales, filosóficos, como literarios. No se libran ni los solemnes «Pingüinos Peripatéticos».

La antipoesía de los nadaístas es eco de la actitud antipoética de León de Greiff, que se enfrenta a lo manido clasicoide, contra lo que no es proyección de su poética y modo de concebir su mundo deseante. El culto al absurdo es otra característica de León, unida al culto a la pereza como antítesis de sacrificios estériles. Como abuelo de los nadaístas parece retratarse en uno de sus poemas en que se le ve vagar, transhumante, andariego, multilocuo, tenaz, gramófono que navega sobre su verborragia oceánica como las arengas de Gonzalo Arango, declarándose, antes que Gonzalo, nihilista, esto es, nadaísta, como se infiere de su «Relato Quinto de Gaspar».

«Yo soy Gaspar, ex-poeta nihílogo.
Gaspar el solitario, el errabundo,
el vagabundo sin segundo:
verecundo, si os peta, si os peta más,
invencundo
(con lo que os pete —fas o nefas—
superabundo).
Yo soy Gaspar, ex-poeta nihílogo»¹⁰.

Nihílogo y ateo de cuantos dioses de oropel crearon las generaciones pretéritas de la Colombia magestática, solemne y clásica, Gonzalo Aran-

⁸ León de Greiff, *op. cit.*, tomo II, p. 330.

⁹ Gonzalo Arango, *De la Nada al Nadaísmo* (Bogotá, Tercer Mundo, 1964).

¹⁰ León de Greiff, *op. cit.*, tomo II, p. 96.

go, al igual que León de Greiff, rompió lanzas contra lo decadente y mediocre, contra la farsa de la historia patria contra la seudocultura, contra todas las farsas establecidas como verdad absoluta en el reino de este mundo. Nihilista por filosofía negativa de la nada, los nadaístas comenzaron por no creer ni siquiera en su propio nadaísmo. Es claro que el de los nadaístas es un nihilismo más rotundo que el de León de Greiff, que al menos creía en su capacidad creadora y en su rebeldía estética.

No se pretende sugerir ni mucho menos que León de Greiff hubiese sido el maestro de Gonzalo Arango y éste su discípulo, porque la literatura degreiffiana, musical, pulcra y multámene, contrasta con la literatura panfletaria, cantarillesca a veces, cáustica y rafagal de Gonzalo Arango. Pero ambos coinciden en su actitud de rebeldía, en su nihilismo de arranque, en el culto al absurdo, en la extravagancia, en el escepticismo frente a ese país humano y estético que la mayoría de poetas pulcros le han pintado al pueblo para hacerlo soñar y creer en el llamado «Lindo País» colombiano.

Otra es la imagen del país que la vanguardia nueva presenta como testimonio de las horas grises que vivieron las generaciones colombianas como secuela de la violencia político-social que vivió Colombia en su peor hecatombe.

El nadaísmo, como su nombre lo indica, es la creencia en la Nadidad en que quedó Colombia después de que los «Patricios» colombianos destruyeron a «sangre y fuego» con su sectarismo político las entrañas mismas de la patria. Representó, otrosí, la Nadidad en que se encontraron los de abajo después del gran saqueo perpetrado por los detentadores del poder en el país-hacienda. País arrasado, explotado por los usufructuarios de la «Cosa Nostra» colombiana, ése fue el ambiente de Nadidad, de vacío, sin horizontes, sin futuro, sin pasado ejemplar, sin presente próspero en que se inspiraron los nadaístas para fundar su movimiento y ponerlo a marchar por las calles del mundo. Estadio revolucionario de los que no tienen nada (ni nada deben a la patria porque la patria nada les dio), el grupo nadaísta encontró, por lo tanto, inspiración en el marco sociológico de la realidad circundante, y por eso no hay que buscar el origen del Nadaísmo en París ni en «La Agonía del Cristianismo» de Unamuno ni en las páginas de Federico Nietzsche como lo sugiere el escritor Andrés Holguín, sino en el fondo mismo de la Nadidad colombiana, que es el sumo-zumo de los descreídos en todos los órdenes. Es claro que los Nadaístas, casi todos autodidactas, se han paseado por las obras maestras del inconformismo y de la rebeldía universal, alternando sus lecturas caóticas en encuentros fantasmales con la Naucia sartriana y con los personajes de Camus. La naucia social nadaísta la expresa Gonzalo Arango más frente a la descomposición de la realidad colombiana que frente al libro

del maestro del existencialismo francés. Los nadaístas se consideran parte de esa naucia y no niegan que son vómito de la sociedad existente. Véase si no uno de los primeros poemas manifiestos de Gonzalo Arango:

«Los nadaístas invadieron la ciudad como una peste.
De los bares saxofónicos al silencio de los libros
de los estadios olímpicos a los profilácticos
de las soledades al ruido de las muchedumbres
de sur a norte»¹¹.

Define al Nadaísta Gonzalo Arango en términos que complementan la idea de ser peste de la sociedad, porque proceden de su naucia. Y así dice en otra parte de su antipoema, al identificar al nadaísta:

«Es un nadaísta porque no puede ser otra cosa
está marcado por el dolor de esta pregunta
que sale de su boca como un vómito tibio
de color malva y emocionante pureza:
¿Por qué hay cosas y no más bien nada?»¹².

No cree en nada el Nadaísmo y, sin embargo:

«Ha tenido su camisa de revolución
lleva su camisa roja como un honor
como un cielo lleva su estrella.

Tiene el peligro en los labios rojos y los polvorines
mira los objetos con ojos tristes de adversario
es el terror de los retóricos y los fabricantes de
moral.

No se suicida porque ama furiosamente fornicar
jugar billar-poll en las noches interminables
brindar ron en honor de su existencia
estirarse en los prados bajo lunas metálicas
no pensar
no cansarse
no morir de felicidad
ni aburrimiento»¹³.

Admite en un mensaje nadaísta Gonzalo Arango que «la Poesía nadaísta es, contra toda razón, una poesía revolucionaria; aun contra la razón misma de la Belleza». «La fantasía y el mito, según él, no

¹¹ El poema-manifiesto del Nadaísmo que se comenta en el contexto del artículo apareció por primera vez antológicamente publicado en la antología de Oscar Echeverri Wejia y Alfonso Bonilla-Naar, *21 años de poesía colombiana (1942-1963)* (Bogotá, Editorial Stella, 1964), p. 14.

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibidem.*

son y fantasmas de la imaginación, sino certidumbres maravillosas de los sentidos.» Su estética se identifica más por sus diferencias con las otras estéticas que por sus semejanzas. Sin embargo, no cree en las estéticas y muy bien se abstuvieron los nadaístas en formular una estética nueva por no querer ser culpables, según Gonzalo Arango, «de instaurar al espíritu un nuevo régimen de coacciones morales, y al arte nuevos esquemas preceptivos»¹⁴. La fundación del Nadaísmo data de 1958, año en que Gonzalo Arango propició la Feria del Libro Inútil de Colombia. Desde entonces ha sido el movimiento más iconoclasta de Colombia, significando, a juicio de Andrés Holguín, un movimiento de ruptura y apertura dentro del marco cultural colombiano. Reafirmando su propia nada, los nadaístas no hallaron apoyatura positiva en nada de lo existente, y por lo tanto su ruptura fue destructiva de los valores tradicionales de la cultura colombiana. Negativo en su ruptura, abrió, sin embargo, brecha para un arte de apertura, sin capillas ni feudos, en que la vanguardia combativa de la muchachada intelectual colombiana comenzó a abrirse paso para hacerse sentir golpeando, cuestionando, dudando, gritando, armando el bochínche y dejando en deterioro destruidas las «Vacas Sagradas de la nacionalidad colombiana». Eso fue lo positivo que lograron los nadaístas: resquebrajar los viejos mitos colombianos, rodeándolos de desconfianza popular. No se insiste en preguntar si el nadaísmo es una filosofía, un movimiento literario con aires de antipoesía o antiliteratura, ya que cultivó todos los géneros y se amalgamó caóticamente con varios credos filosóficos. Asíéntese de una vez por todas que el nadaísmo es, por lo caótico, absurdo y contradictorio, totalmente indefinible. El nadaísmo no es nada, porque es la nada, de la nada existente dentro del mundo vacío de una generación descreída y atea, destructora de falsos dioses, opuesta a la razón pura kantiana de la sinrazón para comprender la humanidad. Si vibra en el nadaísmo una filosofía contemporánea es la del existencialismo de Sartre, concibiéndolo más como un nuevo humanismo que como una tortura mental, aunque estos distingos escolásticos sólo se vean relampagueantes en los últimos escritos caóticos del Nadaísmo agonizante. Por lo demás, el ademán nadaísta no es uniforme; cada uno busca sus propios rumbos. Y proceden de las diferentes motivaciones. Nadan todos en el mundo de los «Istmos» y de lo que les cae de diferentes «istmos», según las lecturas de cada uno; del lampo iluminador o enceguedor del Liberalismo, del Comunismo, del Panteísmo, de todos los nihilismos y humanismos y hasta el budismo¹⁵, no sin admitir que todos comulgan con

¹⁴ Arango Gonzalo, *op. cit.*

¹⁵ Véase «The Nadaism of Gonzalo Arango by Pat. M. Esslinger, *Critique*, volumen X, N.º 1, Minneapolis, Minesota, p. 86.

un arte comprometido, concibiendo la misma filosofía del existir en función de la existencia con los demás como parte existencial de un mundo que rueda al abismo. Destructora de mitos, con una nada a la vez creadora, ha de verse fácilmente la contradicción, ha de verse ciertamente que en el movimiento Nadaísta, como en algunas corrientes de Vanguardia, sin una sutil superlógica, aporta muchos hilos sueltos que pueden en un momento dado tejer una gama de valores positivos. Intentando establecer una tabla de signos positivos y negativos sobre el Nadaísmo, el escritor de las Generaciones Colombianas, Ernesto Ahumada, hace una confrontación entre los predicamentos literarios que Ernesto Sábato concibe como Literatura gratuita frente a Literatura problemática, para concluir que los Nadaístas se pueden captar coexistiendo dentro de estas dos formas de literatura. Y así la literatura. Nadaísta centellean los signos de:

Juego
 Vida
 Verbo
 Preocupación
 Desnudez
 Indiferencia
 Espíritu Combatiente
 Pompa Llamativa o Espectacular ¹⁶.

Hay cuatro puntos débiles que no aparecen en la tabla evaluadora del Nadaísmo, y son los que corresponden a forma y fondo, acento estético y acento metafísico. Que no carezca el nadaísmo de acento estético, se entiende porque es una rebelión contra todas las estéticas. La carencia de acento metafísico subsiste en la mente de algunos nadaístas, no así en los últimos escritos de Gonzalo Arango, en que define como tragedia espiritual su «cita con Dios en el abismo». En suma, el nadaísmo ha sido la más convulsiva, escandalosa e insólita expresión de la protesta colombiana. Sus múltiples amalgamas de elementos en juego y rochelía fueron engendro de las paradojas, adhesios y caos de su expresión turbulenta. En su turbión existencial y social con su «Antis» de por medio se generó y degeneró un nadaísmo de todo y aun antitodismo de nada. Hay asomos naturalistas, tremendistas, feístas y sartrianos con un existencialismo «enruanado» a la colombiana. Nada de los que no tienen y todo de los que nada tienen, el Nadaísmo es portavoz de la resaca y amarguras de la violencia social e intelectual de Colombia frente a los mitos que la fomentaron por centurias, hasta convertirse en una marcha enmarañada o en una francachela a la Colombiana con aguardiente, sexo y pantomima atea para la revolución y para el escándalo. Un Sartre y un Zola en paños

menores, un Marx a ciegas, un Anti-Cristo acurrucado y unos cuantos beatniks de melena alborotada se pasean escandalosamente por la literatura nadaísta, que es, por otra parte, la expresión de un rezagado Dadaísmo enganchado con otros cuantos libros que cayeron en manos de Gonzalo Arango, el «Papayó» del grupo. Sus seguidores más connotados escriben poesía y su protesta y sus desplantes verbales los ha hecho famosos entre la juventud rebelde.

El nadaísmo es el movimiento colombiano más conocido en el exterior. Manifiestos, arengas y poemas nadaístas circulan a todo viento desde 1958 y 1960, fecha ésta en que Gonzalo Arango publicó su libro antológico: *La Poesía nadaísta, 13 poetas nadaístas*.

Su revista oficial, *Nadaísmo 70*, contribuyó a hacerlo más trascendente y después de diez años, al evaluarlo y confrontarlo frente a los elementos destructivos de los mitos paganos y cristianos por su absoluta pérdida de fe, por su desesperanza, por su escepticismo total, por su negación; con todo, se reconoce hoy día que el Nadaísmo ha dado a «la palabra sus hecatombes, a la idea su gesto y a la actitud vital una información socializante». Sus clarinazos en contra de las injusticias y crueldades contra los indios dieron una tónica diferente al viraje de la protesta nadaísta. Jotamario, con su poema «Estado de sitio»; Eduardo Escobar, con su poema «El Combatiente»; Paulos Gallinazos, con sus populares «Canciones de Protesta», y Gonzalo Arango, con sus arengas cáusticas, poseídas de chispazos revolucionarios, ello constituyó de por sí el nuevo manifiesto con el que el Nadaísmo marchó hacia una nueva década «Existencial» en 1970.

Ante los nuevos rumbos que tomó el Nadaísmo, parece que Gonzalo Arango, no se sabe (y si se sabe es *a posteriori*) por qué móviles espirituales decidió en 1971 liquidar el Nadaísmo. Viósele entonces en el cementerio Central de Bogotá con un bulto enorme al hombro y fue cuando, a espaldas del sepulturero, abrió con sus secuaces un enorme hueco para enterrar el Nadaísmo con este epitafio: «Aquí yace el Nadaísmo».

Hoy, cuando los Nadaístas acaban de colocar otro epitafio con la inscripción: «Aquí yace Gonzalo Arango», dada su reciente muerte trágica, habrá que recordarse que él también le había dado su adiós al movimiento antes de entregarse al erotismo místico, antes de buscar a Dios por los caminos del amor, por los derroteros del nuevo humanismo inspirado por su musa de ojos azules. Quedaron en el aire frenético las alas del nuevo Nadaísmo beligerante, pero Gonzalo Arango tuvo en sus postrimerías el orgullo espiritual de querer volar más alto, buscando revelaciones salvadoras en el área desconocida de su conciencia, como lo sugiere en su *Adiós al Nadaísmo*, porque para él el nadaísmo también significó en sus últimos días «Olivo de fe en

su aventura humana». Fue cierto que despreció los humanismos digestivos y los idealismos teológicos, pero como poeta añoró dentro de su «quimera de oro» esa cita con Dios al borde de esa nada vertida en la tragedia física y espiritual que le tocó morir.

RAMIRO LAGOS

University of North Carolina at Greensboro